



Mi nueva vida

—“**M**amá, ¿podemos regresar mañana, por favor? —nos preguntaron nuestros dos hijos pequeños, con grandes sonrisas.

Era nuestra primera vez en una reunión de la Iglesia Adventista. Un amigo nos había invitado y habíamos aceptado ir por educación. Ya anteriormente habíamos visto en el buzón folletos anunciando reuniones, pero nunca se nos había pasado por la cabeza asistir a ninguna de ellas.

Antes de salir de casa, mi esposo, Bruno, y yo nos dijimos:

—Vamos solo a escuchar. Eso es todo.

Pero ocurrió algo inesperado: nuestros niños se encontraron allí con sus amigos e incluso hicieron amigos nuevos. ¡Se lo pasaron en grande!

Tras la reunión, nos quedamos un rato a tomar unas tisanas calientes mientras charlábamos con personas muy amables. Nos contaban cómo Dios les había cambiado la vida y nos invitaron a regresar.

Pasaron los días y asistimos a todas las reuniones. Nuestros hijos decían que les gustaban los sermones del pastor. Aunque a veces parecía que no estaban escuchando, siempre comentaban algo sobre lo que aprendían. Realmente les encantaban las presentaciones sobre cómo Dios creó el mundo y todo lo asombroso que hay en la naturaleza.

Las reuniones también tuvieron un gran impacto sobre mí. El coro cantaba himnos poderosos que me hacían llorar y el pastor siempre nos decía que no creyéramos todo solo porque él lo decía, sino que buscáramos en la Biblia y aprendiéramos por nosotros mismos de la Palabra de Dios. Eso me gus-

taba. Aunque yo iba a una iglesia y oraba a menudo, lo que aprendíamos en las reuniones adventistas me parecía muy diferente y especial.

Un día de la segunda semana de la campaña, el pastor preguntó si alguien quería bautizarse. Para nuestra sorpresa, nuestro hijo dijo:

—Papá, mamá, yo quiero bautizarme.

Mientras que nosotros dos todavía estábamos intentando comprender toda la información que habíamos recibido en aquellos días, el joven corazón de mi hijo estaba entusiasmado porque había conocido a Dios. Le dije que bautizarse no es como comprarse una chocolatina; que es una decisión muy importante. Pero me di cuenta de que yo no conocía tan bien el corazón de mi hijo como lo conoce Dios.

Dios también estaba obrando en mi corazón, pero yo no me sentía digna. Cuando el pastor volvió a preguntar si alguien deseaba ser bautizado, yo quise salir adelante en respuesta al llamado, pero no pude moverme del sitio. No me sentía lo suficientemente “limpia”. Esa noche oré y lloré a solas. “Señor, ¿qué debo hacer? Quiero bautizarme”, le dije. Mientras oraba, sentí una sensación de paz y supe que estaba lista.

A la mañana siguiente, preparé una bolsa con un vestido blanco especial y una toalla. Le di un beso de despedida a mi esposo cuando se fue con nuestros hijos mayores a dar un paseo en barco y luego fui a las reuniones con nuestros dos hijos menores, un sobrino y una sobrina. Me senté sola en la reunión, con las mejillas llenas de lágrimas. Una pareja mayor me vio y se acercó amablemente.

Cápsula informativa

- En Nueva Caledonia hay 1.133 adventistas, que se reúnen en 6 iglesias y 2 congregaciones. Con una población de 278.000 habitantes, esto supone un miembro de iglesia por cada 245 neocaledonios.
- Los primeros misioneros adventistas en Nueva Caledonia fueron el capitán G F. Jones y su esposa, que zarparon de Sídney (Australia) rumbo a Numea en 1925.
- La primera conversa adventista de Nueva Caledonia fue Ada Peyras.
- La Misión de Nueva Caledonia fue establecida en 1925 y organizada en 1954 por el evangelista francés Paul Nouan.
- Muchos de los misioneros que vivieron o visitaron Nueva Caledonia procedían de Francia.
- El territorio de la Misión de Nueva Caledonia incluye también la Isla de Los Pinos, las Islas de la Lealtad y las Islas Wallis y Futuna.

—Voy a bautizarme —les dije—, pero no se lo he dicho a nadie de mi familia.

Cuando el pastor llamó a las personas que deseaban bautizarse, yo fui caminando hasta la plataforma llorando, aunque no eran lágrimas de tristeza, sino de inmenso amor por Jesús. Mis hijos saltaron de alegría cuando me vieron bautizarme y me abrazaron con fuerza cuando salí del agua.

Lejos, en el mar, mi esposo sintió algo en su corazón. Yo no le había dicho nada de mi decisión, pero él se volvió a nuestros hijos y les dijo:

—Creo que su mamá se va a bautizar hoy.

Desde ese día, he ido madurando en la fe. Me gusta ir a la iglesia; me gusta leer la Biblia y estudiar la lección de Escuela Sabática; y espero que toda mi familia algún día también decida bautizarse.

Estoy agradecida a Jesús por el esposo que me dio. Él no me pone ninguna restricción a guardar el sábado. Hace poco le pregunté:

—¿Qué opinas de todo esto de ir a la iglesia y creer en Dios?

—Yo siento que soy cristiano —me respondió—. Creo en Jesús y tu fe me anima.

Ahora, trato de vivir de tal manera que muestre a los demás quién es Dios a través de mis palabras, de mis hechos y de mi amor por ellos.

Relato narrado en primera persona por su protagonista, Hyacinthe Santino.

Las ofrendas del decimotercer sábado tendrán un impacto eterno en la vida de personas como Hyacinthe. Ayudarán a establecer un centro de influencia en Wallis, para que la Iglesia Adventista pueda tender puentes de entendimiento y amistad con la gente del territorio de la Misión de Nueva Caledonia.

Pueden ver fotografías en Facebook: bit.ly/fb-mq.